ta determinación fué sacar indefensos á los mexicanos para que perecieran á manos de los xochimilcas.

Afligidos los mexicanos, imploraron el auxilio de su dios, y Huitzilopochtli los consoló prometiéndoles salir victoriosos con la industria que les diera. Hicieron escudos con carrizos mojados, previnieron largos palos en forma de lanza que les servirían tanto para ofender como para saltar fosos y zanjas; concertaron entre sí, no coger ni maniatar á los prisioneros, sino cortarles la oreja derecha que recogerían en talegas, y para esta operación llevaron navajas de obsidiana. Los culhuas ganaron la batalla con el auxilio de los mexicanos. Vueltos los guerreros de la pelea y puestos en presencia de Coxcox, cada quien hizo alarde de sus hazañas; los mexicanos aparecieron con las manos vacías, y se burlaron de ellos, y los denostaron llamándolos cobardes y para nada. Entonces sacaron de debajo de las ropas las talegas en que las cortadas orejas venían, y poniéndolas delante del rey, le dijeron:—«Estos presos que estan aquí «presentes, casi todos son cautivos «nuestros, y si no mirad sus orejas «que se las cortamos; y así como tu«vimos poder para cortárselas, lo «tuvimos tambien para maniatar«los; pero por no ocuparnos en esto, «y seguir mas libremente el alcan«ce los dejamos para que vosotros «los maniatarais y aprehendierais; «y pues primero vinieron á nuestras «manos que á las vuestras, mas es «gloria nuestra esta presa que «vuestra.»—*(Torquem.)* Las talegas contenían cuatro *xiquipilli* (sacos de 8,000) de orejas, con lo que rey y guerreros tuvieron que callar desconcertados, y formaron elevado concepto de la astucia y del valor de sus esclavos. Pero los mexicanos, entre tantos cortados de las orejas, cogieron cuatro prisioneros, que ocultamente encerraron en una casa de Contitlan. *(Aquí va lo pertinente á los sacrificios.)* A fin de celebrar la victoria, erigieron un altar, *momoztli,* y colocaron en él á Huitzilopochtli; fueron luego á invitar al rey Coxcox para que asistiera á la fiesta que preparaban, y le pidieron que también les diera ofrenda para su numen: Contestó el rey diciendo: «Muy bien: habeis «merecido mucho; vayan los sacer«dotes á honrar vuestros altares.» A media noche entraron los sacerdotes de Culhuacan y pusieron silenciosamente sobre el altar un trapo sucio, en el que iban envueltos estiercol, cabellos y un pájaro bobo, todo escupido, y se retiraron mudos y orgullosos. Acercáronse los mexicanos, contemplaron los despreciables é inmundos objetos, arrojáronlos lejos de sí, los sustituyeron sobre el *momoztli* con un cuchillo de *itztli* (obsidiana), y la hierba olorosa llamada *acxoyatl,* y consignaron cuidadosamente en la memoria semejante afrenta. El rey Coxcox asistió á la fiesta, más por burla que por honra á los esclavos. Los mexicanos recibieron al rey y á sus culhua con estudiadas exterioridades; vestidos con sus mejores ropas danzaron los bailes guerreros de la tribu, practicaron con ostentación las ceremonias de su culto, y cuando más entretenidos estaban los huéspedes, sacaron á los prisioneros xochimilcas, hiciéronlos bailar un rato, los derribaron

delante del altar, les pusieron encima el *tlecuahuitl,* un madero encendido, les arrancaron los corazones, que, palpitantes y vahando, los ofrecieron á la divididad. Aquel atroz espectáculo llenó de terror el ánimo de los culhuas; el desprecio á sus esclavos se trocó en miedo. El rey Coxcox dijo: «¿Quiénes son «estos inhumanos? Parecen no ser «gentes: echadlos de aquí.» Inmediatamente los hicieron correr.—*(Aubin, Torquem.)*

Antes de fundar á México-Tenochtitlan, consumaron el más terrible de los sacrificios humanos, inmolando en su altar á la hija del mismo rey de Culhuacan; pero para no desflorar tan tremenda leyenda, hacemos aquí punto omiso de ella, y remitimos al lector al artículo TETEOINAN.

Tenían, además, los mexicanos la costumbre de herirse algunas partes del cuerpo, como ofrenda á sus dioses, del mismo modo que los cristianos se mortificaban con el silicio y la disciplina. A este sacarse sangre del cuerpo, acción prescrita con mucha frecuencia en el ritual, llaman los autores *sacrificarse.* El origen de este autosacrificio fué el siguiente:

Moteuczoma Ilhuicamina envió embajadores al señor de Cuetlaxtla, pidiéndole caracoles y conchas grandes, hicoteas (tortugas) vivas, y de las cosas curiosas que en la ribera de la mar se crían, para servicio de los dioses. Cuando llegaron los embajadores á Cuetlaxtla, estaban allí algunos tlaxcaltecas, enemigos acérrimos de México, y les dijeron á los señores cuetlaxtecas:—«¿Por qué se han de atrever los me«xicanos á vosotros, á veniros «á pedir caracoles y otras cosas? «¿Sois, por ventura, sus vasallos? «¡Qué menosprecio es este tan gran«de y osadía! Matadlos y ciérrese«les el camino y no pasen acá más «ellos ni otros.»—*(Durán.)* Admitieron los de la costa el pérfido consejo, dieron muerte á los embajadores y á cuantos mercaderes nahoas encontraron en sus tierras, y colmaron de presentes á los tlaxcaltecas, quienes, después de ofrecerles socorro en caso de guerra, retornaron á sus tierras ricos y contentos.

Sabida la noticia en México, quedó resuelta inmediatamente la guerra. Pero antes de marchar á campaña, por consejo del rey Motecuzoma, adoptaron el uso, perpetuado después, del *sacrificio.* Los guerreros fueron delante de Huitzilopochtli, y con espinas de biznaga *(huitznahuac)* y púas de maguey se picaron y sacaron sangre de las orejas, en honra y reverencia del numen; de la lengua, para alcanzar venganza y victoria contra los enemigos; de los molledos de los brazos, para adquirir esfuerzo y valentía á fin de coger y traer muchos prisioneros. —*(Crón. Mexic.)*

***

Aun cuando hemos visto ya lo relativo al número de víctimas humanas, en los párrafos preinsertos de Clavigero, pondremos aquí lo expuesto sobre el mismo asunto por otros autores, para pleno conocimiento de la materia.

El Sr. Zumárraga, primer obispo de México, en su carta de 12 de Junio de 1531, dirigida al capítulo general de su orden, dice que en

aquella sola capital se sacrificaban anualmente veinte mil víctimas humanas.

Gomara dice que el número de los sacrificios llegaba á cincuenta mil.

Acosta escribe que había días que en diversos puntos del imperio mexicano se sacrificaban cinco mil, y en alguno también veinte mil.

Otros creyeron que sólo en el monte Tepeyacac (cerrito de la villa de Guadalupe) se sacrificaban veinte mil á la diosa Tonantzin.

Torquemada, citando, aunque infielmente, la carta del obispo Zumárraga, dice que se sacrificaban anualmente veinte mil niños.

Las Casas, en su impugnación del sangriento libro del Dr. Sepúlveda, limita los sacrificios humanos á tan corto número, que apenas da lugar á creer que fuesen diez, ó cuando más ciento.

El P. Clavigero, aludiendo á las cifras citadas, dice: «No dudo que «todos estos escritores exageran: «Las Casas por defecto, y los de«más por esceso.»

Refiriéndose á Las Casas, dice: «No sé por qué el Sr. Las Casas, «que en sus escritos se vale, contra «los conquistadores, del testimonio «del Sr. Zumárraga y de los pri«meros religiosos, los contradice «cuando tratan del número de sa«crificios.» Pero en otro lugar manifiesta el motivo que tenía el V. P. Las Casas, pues dice: «Si á es«tas víctimas (los prisioneros de «guerra) se añaden los esclavos que «compraban con el mismo objeto, «(para sacrificarlos) y los delin«cuentes destinados á expiar de «aquel modo sus crímenes, hallare«mos un número algo mayor que el «que señala el Sr. Las Casas, de«masiado propenso á excusar á los «americanos de los escesos de que «los acusaban los españoles.»

Sacrificio gladiatorio. Nombre que dieron los españoles á un célebre sacrificio humano al que sólo se destinaban los prisioneros más afamados por su valor. Era, pues, considerado como un sacrificio honroso. Hé aquí cómo lo describe Clavigero:

«Habia cerca del templo mayor «de las ciudades grandes, en un si«tio capaz de contener una inmen«sa muchedumbre de gente, un te«rraplen redondo, de ocho piés de «alto, y sobre él una gran piedra «redonda, semejante á las de moli«no, pero mucho mayor, de casi «tres piés de alto, lisa y adornada «con algunas figuras. Sobre esta pie«dra, que ellos llamaban *Temalacatl* «(V.), ponian al prisionero, armado «de rodela y espada corta, y atado al «suelo por un pié. Con él subia á pe«lear un oficial ó soldado mexicano, «á quien daban mejores armas que «las del prisionero. Cada cual pue«de figurarse los esfuerzos que ha«ria aquel infeliz para evitar la «muerte, y los que emplearia su con«trario para no perder su reputa«cion militar, delante de tan gran «número de testigos. Si el prisione«ro quedaba vencido, acudia inme«diatamente el sacerdote llamado «*Chalchiutepehua,* y muerto ó vi«vo lo llevaba al altar de los sacri«ficios comunes, donde le abria el pe«cho, y le arrancaba el corazon. El «vencedor era aplaudido de la mu«chedumbre, y recompensado por «el rey con alguna insignia militar. «Pero si el prisionero vencia á aquel «y á otros seis, que segun el con«quistador anónimo subian á pelear «sucesivamente con él, se le conce«dia la vida, la libertad y todo cuan«to le habian quitado, y se volvia «lleno de gloria á su patria. El mis«mo autor refiere que en una bata«lla que dieron los Cholultecas á sus «vecinos los Huexotzingos, el prin«cipal señor de Cholula se empeñó «de tal modo en la refriega, que ha«biéndose alejado de los suyos, fué «hecho prisionero y conducido á «Huexotzinco: que puesto sobre la «piedra del sacrificio, venció á los «siete combatientes que se reque«rian allí para declarar la victoria; «pero los Huexotzingos, previen«do el daño que podria hacerles un «enemigo tan animoso, si le conce«dian la libertad, le dieron muerte, «contra la costumbre universal, y «desde entónces quedaron infames «á los ojos de todas aquellas nacio«nes.»

La preinserta descripción del P. Clavigero da una idea general del *Sacrificio gladiatorio,* pero muy incompleta. La que trae Chavero es muy interesante por los detalles curiosos que contiene. Dice así: «Otra manera de sacrificar, que también creemos antigua, cuando menos de la época de los tolteca, es el sacrificio gladiatorio. Conformes están los autores en que consistía en atar al cautivo de un pie por medio de una cuerda al centro de la piedra de sacrificios. La primera de que tenemos noticia es el *temalacatl* labrado en tiempo de Moteczuma Ilhuicamina, en la cual estaban pintadas las victorias alcanzadas contra los tepaneca. Aunque por el nombre parece que era redonda, y así lo creen los autores hasta el señor Orozco, y Durán lo dice, él mismo habla de que tenía braza y media de ancho y la llama mesa, lo cual supone una forma cuadrada. *(¿Qué no habría mesas redondas entonces?)* La pintura jeroglífica así la representa, con sus cuatro escaleras para subir á ella, porque estaba á la altura de un hombre. Creemos combinar ambas figuras explicando que la piedra era redonda, pero embutida en una construcción cuadrada, y así parece percibirse en la misma pintura.

«Una vez atado por el pie el cautivo, embijado de yeso, con la cabeza emplumada y unas plumas blancas atadas al cabello de la coronilla y tiznado al rededor de los párpados y los labios, le daban unas pelotas, un escudo ó *chimalli* y una macana de palo con plumas en vez de pedernales. Estaba desnudo de cuerpo, con sólo un *maxtli* (taparrabo) de *amatl* (papel) pintado.

«Colocaban para esta ceremonia á los cautivos como siempre, en la empalizada de las calaveras, llamada *Tzompantli,* y á los sacrificadores también en lo alto del *Teocalli* en el lugar nombrado *Yopico.* De los sacrificadores, uno vestía el traje de *Huitzilopochtli,* el segundo el de *Quetzalcoatl,* el tercero el de *Toci,* el cuarto el de *Yopi,* el quinto el de *Opochtzin,* el sexto el de *Totec* y el séptimo el de *Itzpapalotl;* había, además, un guerrerero tigre, un guerrero águila y un guerrero leon; todos ricamente vestidos, con plumas y joyeles y armados de escudo durísimo y cortante, *macuahuitl.* Sentábanse en asientos de madera de *tzapotl* bajo una enramada hecha de rosas y ramas del mismo *tzapotl,* adornada con las insignias de los dioses, á la cual